

NO SOÑARÁS FLORES

fernanda trías



Anatomía de un cuento

Encuentro a Anna de espaldas en la cocina, descalza, el pelo mojado, las piernas imposibles de broncear bajo el borde deshilachado de su camiseta blanca. Sólo tres pisos por escalera y ya estoy agitada, quiero decirle, pero no lo hago. Ella no se mueve al oír la puerta. De espaldas me escucha pasar la llave y apoyar las bolsas sobre la mesa. Se inclina hacia la ventana, mueve un poco la cortina y a medio camino vuelve a soltarla.

—No hay ni una nube en el cielo —digo.

Cuando se da vuelta veo que sostiene una naranja, no con toda la mano sino sólo con la punta de los dedos, como quien hace girar muy lento un pequeño mundo.

—¿Ves por qué no puedo vivir en este país? —dice.

Me saca el abrigo y lo cuelgo en el perchero. Estoy transpirada bajo la ropa de invierno. Abro las bolsas y voy apilando las latas de arvejas y de atún sobre la mesa. Missy se

acerca y me mira desde abajo con la cola levantada, los ojos inteligentes fingiendo amor.

—No tengo nada para vos —le digo, y vuelvo a mirar a Anna, que sigue extendiendo la naranja hacia mí, como si esa fruta seca y sin brillo fuese la evidencia de algo inapelable.

Me encojo de hombros. Anna hace un ademán, un gesto mínimo con la mano ocupada, y por un segundo pienso que va a tirarme la naranja por la cabeza. Pero no, se está acercando.

—Mirá —dice—. Todo verde, todo podrido. Allá la fruta no se pudre así, ¿no te das cuenta?

Ahora sí puedo ver el moho verde que se come la mitad de la naranja; la mancha blanca en los bordes con pelitos grises, como las ventosas diminutas de una enredadera. Me inclino y le doy un beso que no llega a tocarle los labios. Ella camina despacio hasta el tacho de basura, levanta la tapa y tira la naranja que suena como un peso muerto en el fondo de la bolsa vacía.

—Recién saqué la basura —digo.

Anna acomoda la tapa sobre el tacho y vuelve. Pienso que las mañanas le caen bien. Será la cortina, el sol frío que atraviesa la tela anaranjada y nos engaña con su luz de oro.

—Ya sé lo que estás pensando —dice—. Que la mitad de esa naranja era buena y que no tengo derecho a despreciarla porque hay muchos desnutridos en África.

—Es una manera de pensar.

—Es una manera estúpida de pensar.

La luz roja de la cafetera anuncia que el café se está recalentando en la placa de metal. Es la tercera taza que se toma:

«No logro activarme», dice. Entro al baño. El vapor no se disipó del todo y lo aspiro como si fuera el olor de Anna, algo que se ha desprendido de ella y que se agarra al aire en un último acto de resistencia.

—Tino tenía una reunión con Marcos —la oigo decir tras el ruido del agua que ahora corre helada sobre mis manos—. No creo que lo veamos hasta las cinco. El sábado pasado prometió que esta vez se quedaba con nosotras.

Cierro el grifo.

—Le está sacando el cuerpo a la fruta podrida —digo.

A nuestra relación, que se va derrumbando por partes como una casa mal construida. El departamento que alquilamos, en Villa Crespo, es un garaje reciclado: cada habitación lleva a la siguiente y no se puede llegar a una sin pasar por las otras. La cocina es la última, o la primera, si se la mira desde la puerta de entrada, y hay algo de la casa que se parece a nosotros. Quiero decir que nuestra vida en común todavía se sostiene en el dormitorio, se enrarece en el living, se agrieta en el comedor, donde ya nunca nos sentamos a cenar los tres, y termina de deshacerse en la cocina, con la fruta marchita, la montaña de platos sin lavar, la comida a base de latas y la heladera prácticamente vacía excepto por un pack de cerveza. Cada noche luchamos por mantener en pie ese último bastión que es nuestro dormitorio con el ritual del amor, y el ritual incluye, como una fea posdata, elegir la posición que cada uno ocupará en la cama *king size*. Todo un arte de la diplomacia y la negociación decidir dónde dormiremos, una decisión que depende de infinitas variables en las que «las ganas» ocupan el último lugar. Si

Anna y yo reímos mucho ese día, si nos acurrucamos en el sillón leyendo nuestros libros favoritos, levantando la cabeza cada tanto para leernos los fragmentos más interesantes, entonces conviene dejar a Tino en el medio (incluso si Tino odia el medio, porque se siente «atrapado»). Si ellos tuvieron algún roce durante la cena, Anna pasa al medio; a veces yo les doy la espalda y finjo dormirme rápido para dejarlos que arreglen sus cosas en la oscuridad del cuarto sin ventanas. Pocas veces el medio me toca a mí, por lo general un viernes o un sábado, después de una noche divertida, que para nosotros significa una noche de excesos, demasiado alcohol, besos de lengua en los bares para provocar a los curiosos, tal vez pelearnos con alguien hasta que el guardia de seguridad nos eche a la calle y nosotros podamos sentirnos dueños de una libertad única, caminar tambaleándonos por las avenidas desiertas, abrazados, gritando que nadie va a imponernos sus estúpidas convenciones. Así llegamos, eufóricos, a hacer el amor torpemente en el sillón, hasta que en algún momento, rendidos por tanta torpeza y tantos malabares de tres cuerpos que sólo sirven para interponerse entre los otros dos, yo termino durmiendo en el medio.

Anna llena la taza de café y salimos de la cocina para pasar al comedor y del comedor al living, donde ella dejó un libro abierto sobre el brazo del sofá. Un plato con migas descansa sobre la mesa ratona y al verlo siento algo ominoso, como si todo el buen humor de la mañana se fuera, digerido o picoteado, en esos restos de pan. Ella se sienta, acomoda el libro sobre el muslo y me agarra las manos. «Tenemos que poner agua caliente en esa pileta», dice, y va envolviendo

mis manos como vendas alrededor de la taza. Los labios se llenaron de sangre, del calor y el olor del café nuevo, y resaltan en la piel traslúcida que a veces adquiere el tinte gris de sus venas.

*

Este es el comienzo de un cuento que nunca voy a terminar. Lo sé porque nunca terminé lo que empiezo y porque tengo suficientes años como para que ese dato se haya convertido en estadística. Las primeras páginas estaban guardadas en un archivo de computadora con el nombre «Tres», aunque no tengo recuerdo de haberlas pasado de la libreta vieja. Fecha de la última modificación: veintiséis de febrero de dos mil once, poco después de mudarme de la casa de mi madre a este departamento. Busqué la libreta en la caja donde guardo los cuadernos terminados y, efectivamente, encontré ese comienzo casi idéntico, junto con los apuntes que transcribo abajo.

Lo que sé de ella:

Padre diabético, madre que nunca quiso tener hijos pero que terminó siendo eso: nada más que madre. Se divorciaron cuando ella insistió con mudarse a una comuna hippie en Vermont. Vivieron ahí seis meses. Anna recuerda poco, excepto las furiosas discusiones nocturnas. Su padre odiaba ese lugar. Un día Anna se despertó y el auto ya estaba cargado. El padre la esperaba con el motor encendido y un jugo de caja como único desayuno. Más tarde pararon en la ruta y le compró un sándwich y un helado. Los bosques de Vermont

quedaban lejos ya, aunque podían verse desde la estación de servicio *todo alrededor*. Así lo dijo Anna (y enseguida sentí la cercanía de los bosques, la vegetación que se cerraba engullendo a la madre). Ahora el padre está internado en una clínica de Nueva Jersey. Tuvo una apoplejía debido a un pico de tensión y Anna viaja cada seis meses a verlo, a controlar que todo siga en orden. Habla de él como un «vegetal», y aunque intento imaginarlo como una planta en el jardín o al menos en una maceta, sólo logro verlo como una lechuga. A veces la veo a ella cortándolo en mil pedazos blancos y duros. Sus frases favoritas: «¡Te querés morir!» y citas de Deleuze. Algo muy lindo es que le gustan las cosas mexicanas. Pone Chavela Vargas, cuelga chiles en la cocina, tiene un dibujo chiquito de Frida Kahlo que lleva adentro de un camafeo.

Lo que sé de él:

Psiquiatra. Trabaja en un hospital, en el ala de enfermos terminales. Su trabajo consiste en ayudarlos a que se reconcilien con su vida antes de la muerte, al menos eso es lo que entendí la única vez que intentó explicarlo. Parece inútil, parece encomiable. Él abusa del alcohol, y aunque al principio me pregunté cómo un psiquiatra podía tomar así, después concluí que un psiquiatra sólo podía tomar así. Alguna vez consumió muchas drogas, y ahora sospechamos que ha vuelto a empezar. Probablemente lo haga cuando sale con sus amigos. Anna y yo no queremos preguntarle, no somos del tipo carcelario. Él se levanta a las seis y media, pasa el día con moribundos, entierra a algún expaciente y vuelve a casa a las cinco, con la misma cara con que trae el cheque